

CUARTOSCURO



Cuartoscuro

© Nerea Liebre, 2025

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Leila Zambrano

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Ilustraciones de tapa e interior: Marcelo Orsi Blanco

Armado de interior: Claudia Solari

ISBN 978-950-02-1674-6

1ª edición: octubre de 2025

Impreso en Latingráfica,

Rocamora 4161, CABA,

en octubre de 2025.

Tirada: 4.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Liebre, Nerea

Cuartoscuro / Nerea Liebre ; ilustrado por Marcelo Orsi Blanco. - 1a ed.

- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2025.

224 p. : il. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-950-02-1674-6

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Orsi Blanco, Marcelo, ilus. II. Título.

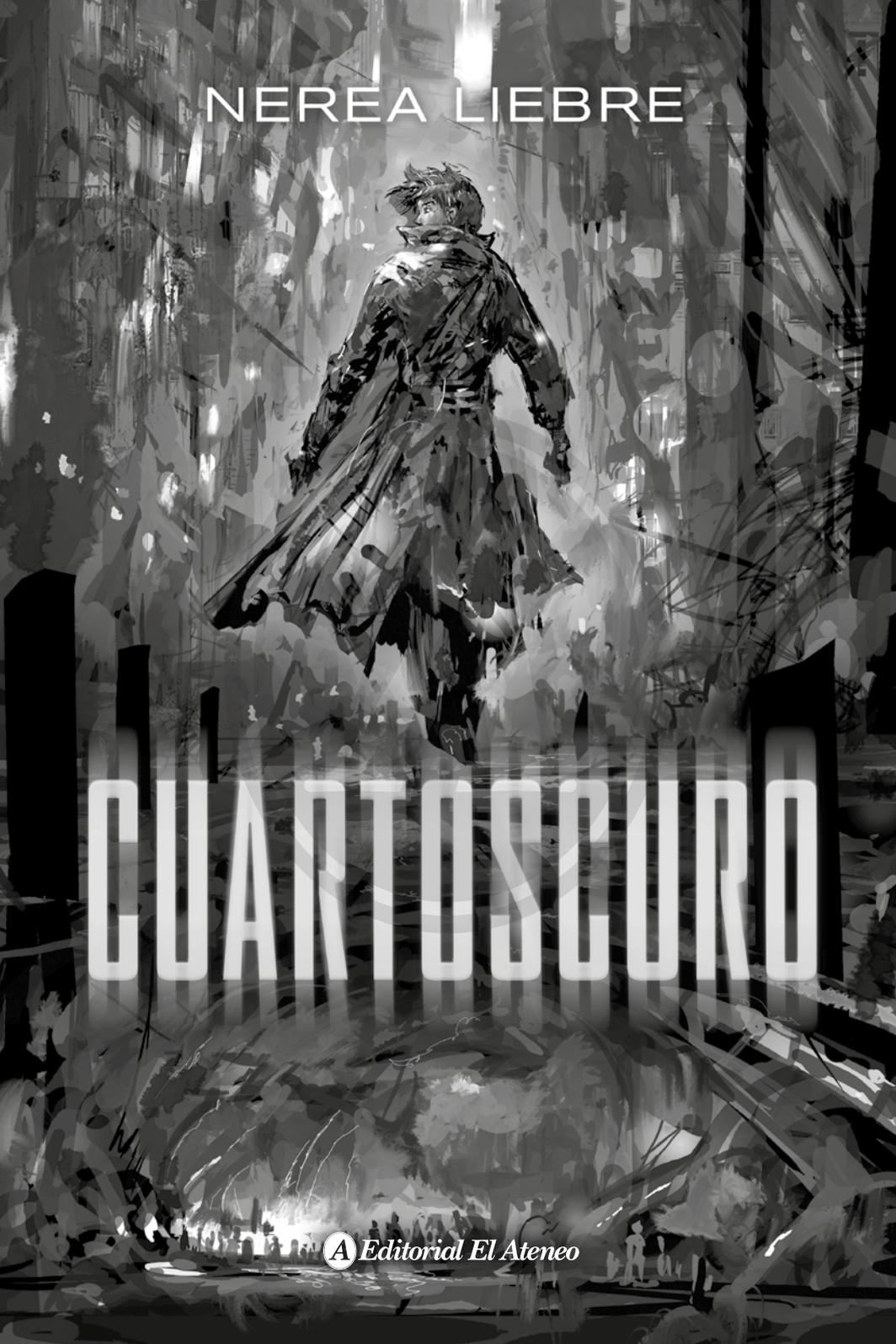
CDD A860.9282



*Advertencia de contenido sensible:
mirar QR*

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

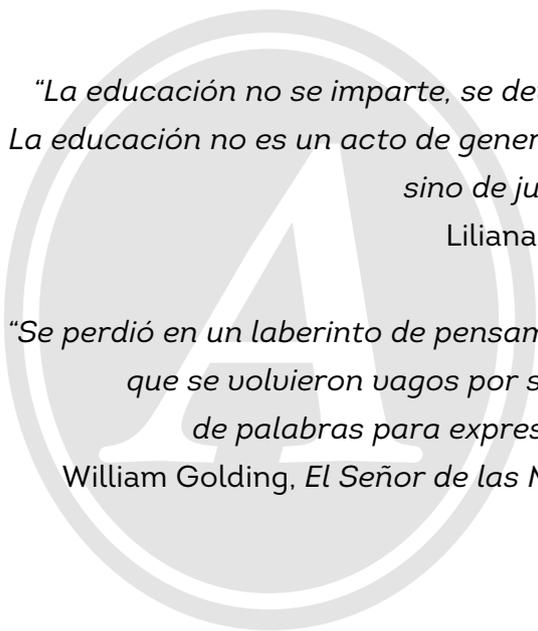
El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



NEREA LIEBRE

CUARTO OSCURO

 Editorial El Ateneo



*“La educación no se imparte, se devuelve.
La educación no es un acto de generosidad
sino de justicia”.*

Liliana Bodoc

*“Se perdió en un laberinto de pensamientos
que se volvieron vagos por su falta
de palabras para expresarlos”.*

William Golding, *El Señor de las Moscas*

PLAYLIST

Querido lector, querida lectora:

Si los libros tuvieran banda sonora, algunos capítulos sonarían como una canción de Soda Stereo en *loop*, otros como un trueno de *Sleeping With Sirens* o una caricia distorsionada de *The Cranberries*. Esta *playlist* es mi intento de ponerle música al mundo que caminan los personajes de esta novela, donde convive la supervivencia humana con la vaga idea del amor.

Vas a encontrar clásicos del ayer y relámpagos del ahora con sabor a ruina y algún sintetizador flotando en un cielo sin tiempo. Cada tema podría fundar y habitar un personaje, porque tienen la dosis correcta de proyección y laten tan atemporales como un corazón herido, pero clasificarlos es una tarea que te regalo.

Buscá los auriculares y subí el volumen. Y si en medio de la lectura una canción te estalla adentro, quien suscribe deja en claro que fue intencional.

Con oído atento, te saludo,

Nerea



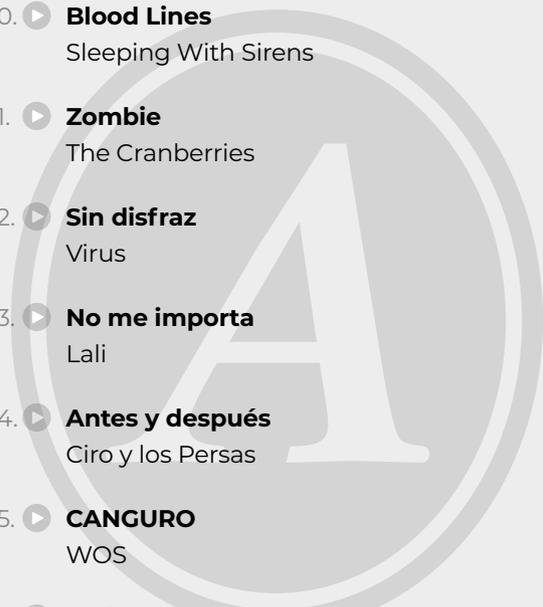
CUARTOSCURO

19 canciones



Orden personalizado ▾

1. **Motivos**
Abel Pintos 
2. **Los dinosaurios**
Charly García 
3. **Ciudad de Pobres Corazones**
Fito Páez 
4. **Rhapsody in Blue**
George Gershwin 
5. **Danubio Azul**
Johann Strauss 
6. **Dónde estás, corazón**
Los del Fuego 
7. **Savages**
MARINA 

- 
8. ▶ **Universo paralelo** ♥
La K'onga
 9. ▶ **Todo un Palo** ♥
Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota
 10. ▶ **Blood Lines** ♥
Sleeping With Sirens
 11. ▶ **Zombie** ♥
The Cranberries
 12. ▶ **Sin disfraz** ♥
Virus
 13. ▶ **No me importa** ♥
Lali
 14. ▶ **Antes y después** ♥
Ciro y los Persas
 15. ▶ **CANGURO** ♥
WOS
 16. ▶ **El tiempo no para** ♥
Bersuit Vergarabat
 17. ▶ **Sweet Dreams (Are Made of This)** ♥
Marilyn Manson
 18. ▶ **buenos aires** ♥
TINI
 19. ▶ **En la ciudad de la furia** ♥
Soda Stereo

CAPÍTULO 1

Cientos de palomas levantan vuelo cuando las granadas de gas lacrimógeno trazan una curva y caen en medio de los manifestantes. Los guardapolvos se repliegan hacia la fuente, en el camino abandonan los carteles dibujados con tiza. A pesar de la altura del dron, los gritos se escuchan con claridad.

Los infiltrados visten de civil, pero si se amplía la imagen, se distingue un leve resplandor que pulsa en la base de sus cuellos, apenas visible bajo el borde de la ropa: el conector lumínico de los implantes de comunicación neural. Avanzan en formación, perfectamente sincronizados.

Cada explosión desgarrar el aire y siembra cuerpos en la plaza. La nube blanca serpentea entre muertos y escombros. Quienes están desarmados van cayendo y los alaridos se van

silenciando. A lo lejos, por una calle que baja al puerto, la toma capta a dos hombres huyendo del lugar.

La única certeza es que nadie cosechará de esta siembra.

XXXX

Te ruego que no vuelvas a ver el video.

Los padres bosquejan sobre lienzos vírgenes, hilvanan consejos y nos obligan a pisar el pedal de una máquina para dar las primeras puntadas. Nuestras acciones son retazos con la ambición de convertirse en prendas. La costura de la vida.

Te lo repito una vez más: la rudimentaria capa que tus manos forjaron ya no nos oculta. Cada uno debe tomar su propio camino, aprender a escuchar su instinto. Si el abuelo estuviera aquí, volvería a contarnos la historia que solía narrarnos cuando apenas alcanzábamos la altura de la ventana.

Nos hablaría de las siestas de su niñez, en medio del campo, muerto de miedo. Escondido debajo del jergón de una cama, en ese espacio sofocante y sucio donde aguzaba el oído y se retorció ante el menor desgarro de la voz aterradora.

Su corazón delator y el hambre de la Solapa. Me pregunto si, al bautizarme con el nombre de esa leyenda ancestral, sentiste el mismo terror que él en aquellos días.

¿Te has preguntado si alguna vez el abuelo se atrevió a salir de su dormitorio para enfrentarse a ese espíritu insaciable que solo habita en las bocas de los hombres?

Solo las imágenes en la pantalla logran que despegue las palmas de mi cara. Una batalla campal entre los guardapolvos blancos y los infiltrados, las columnas de humo, los cuerpos aplastados entre la glorieta y la fuente de la plaza.

Me sé de memoria los tiempos de cada disparo, del grito lastimero que alerta al aficionado propietario del dron para voltear la cámara noventa grados y captar un cuerpo mutilado que se desdibuja ante mis ojos. Me levanto y apago la filmación que compré en la *dark web* hace tiempo.

Voy hasta el piano donde dejé la notificación que llegó ayer, no puedo evitar mordirme las uñas, la contemplo como una alimaña que se coló por debajo de la puerta. Cuando al fin logro tocarla, me quema la mano. Era inevitable, en breve cumpla diecinueve años, tarde o temprano sucedería. El sello oficial manchado con la sangre de mis dedos me sofoca.

Mi mamá no aparece en el video por más que lo vea una y otra vez, no es el cabello negro que intenta refugiarse detrás del monumento ni el cuerpo que la horda enardecida pisotea al intentar escapar. Pero estaba allí, corriendo entre los manifestantes, probablemente ahogándose con los gases lacrimógenos.

Antes de morir, me contó que la vida en nuestro país era muy diferente a la que hoy conozco. Que varias décadas atrás, traspasar la frontera no era potestad exclusiva de funcionarios, que había escuelas públicas y privadas en cada barrio, que las aulas estaban llenas de alumnos.

Sin embargo, después de la catástrofe la calma nunca llegó. Se puede flotar con un salvavidas en medio del mar luego del hundimiento, pero tarde o temprano el agua se enfría, y los tiburones, atraídos por el rastro de sangre, comienzan a acercarse. Como la que brota de mis dedos y humedece la nota.

Miro su fotografía en el portarretratos. Ella llamaba *esperanza* a esos pequeños focos de resistencia dispersos por el país, donde aún se enseñaba a quienes querían aprender, donde hombres y mujeres arriesgaban todo por proteger libros y manuales. Pero yo no lo puedo ver del mismo modo, sé que fueron ellos los que la arrastraron hacia la muerte.

12 Su voz es el eco de un eco lejano, apoyo la cabeza contra su abrigo que aún cuelga en el perchero de la entrada. Ella me hablaba de la apuesta de los consecutivos gobiernos a un rebaño bruto, fácil de domesticar y la consecuente extinción de los alumnos. Aunque, en lugar de ovejas dóciles, yo solo veo bestias fuera de control.

Orejas de burro.

La miseria cobró fuerzas y ganó territorio. Avanzó, como avanza una sombra entre las tumbas de un cementerio, crispando pelajes y helando los huesos.

Cauta, sigilosa.

Se convirtió en un ejército realista que destripaba a cuanto adversario se interpusiese en su camino, hasta formar un imperio. La pobreza ocupó las calles, los espacios comunes. La falta de educación hirió de muerte a una economía agonizante.

Y llegó el día en que ni siquiera los planes sociales pudieron contener la creciente marea de mano de obra ociosa.

Me pruebo el abrigo de mi mamá, por más que me engaño a mí mismo ya no huele a ella. Mi cerebro le ordena a mi corazón que finja un abrazo, pero el vacío sigue ahí, inmutable.

Y en esa caricia que me proveo aparece la imagen de mi papá, siempre con una sonrisa y los anteojos en la punta de la nariz. De no ser por los pocos expertos electrónicos, la mayoría cooptados por el régimen, la programación informática sería otro misterio milenario. Él aprendió de un anciano que había enseñado en la facultad cuando aún era pública y gratuita. Suena utópico, creo que exageraba.

13

Los antiguos colegios se convirtieron en asilos y orfanatos. Los maestros se hicieron polvo.

Solo la represión contuvo los estallidos sociales hasta la Ley Cascada, una medida agónica que planteó recuperar el derecho que antaño supo ser básico e inalienable: el de la educación. Pero el Estado ya no cuenta con la infraestructura ni los recursos humanos necesarios para brindarla, así que allí está la notificación gubernamental que mis ojos buscan esquivar.

Me saco el abrigo después del abrazo vacío y lo cuelgo otra vez en el perchero. Me acerco al piano y juego con el do, re, mi, invocador de buenos deseos, como solía llamarle el abuelo.

Y mi más profundo deseo es que la Ley Cascada se convierta en anécdota, que un remolino de río se la trague. Su sanción fue noticia durante semanas, la divulgaron incluso a través de

los Heraldos, los drones de comunicación del gobierno que sobrevuelan zonas de riesgo.

Se aprobó con el objetivo de crear el RENACER, el Registro Nacional de Capacitación y Educación de Residentes, y presupone que la educación de unos pocos ubicados en la cima de la pirámide cultural se derramará e iluminará la base, un proceso escalonado. El simple hecho de pensarlo me da gracia. Que nuestras casas se convertirán en escuelas féculas. Los ciudadanos mayores de edad que no somos personal esencial, como médicos o profesores universitarios abocados a una selecta minoría, estamos obligados a brindar la capacitación ahora que la antítesis entre ignorancia e instrucción amenazaba con convertirse en una guerra civil sin precedentes.

14

Todo eso lo sé porque el régimen no puede blindar el silencio.

Enciendo la computadora, salteo el *firewall* y leo sobre la resistencia que fue sofocada en el norte del país y que subsistía en las yungas. También hay unas breves líneas dedicadas a un tal Joaquín Montenegro, un funcionario que murió a manos de un grupo de rebeldes. Apago rápido, no quiero ser detectado por un rastreador.

Los tiempos en la *dark web* deben ser exactos. Solo puedo permanecer lo necesario para filtrar los comunicados que los periodistas me pagan por subir sin ser detectados por el gobierno, y sin dejar huellas. Un juego peligroso que adoro.

Me froto la cara, ahora tampoco miro el reloj. Pienso que el incumplimiento de la ley se castiga: a los letrados con una

multa o la confiscación de bienes muebles, a los desarrapados con cárcel o trabajo forzado, y recuerdo que el año pasado me las arreglé para *hackear* el registro del Ministerio de Educación Dirigida y dar por cumplimentada mi asignación anual. Sin embargo, ahora la notificación con la designación de un nuevo renacido tiembla en mi mano.

Estoy seguro de que Ulises Nahmod tuvo algo que ver; me asomo apenas por la ventana, la neblina del amanecer envuelve de intriga su casa. Es director del programa RENACER, odiaba a mis padres y me pregunto si estuvo relacionado con la desaparición de mi abuelo, al que no veo hace por lo menos un año.

Un muchacho musculoso que pasa caminando frente a la ventana, con un papel en la mano, me llama la atención. Mira la numeración en las fachadas y se detiene frente a mi puerta. Cierro la cortina de golpe, pero mis retinas ya grabaron a fuego su cabello revuelto y sus patillas tupidas, que lo pintan cercano a una especie diferente a la humana.

Seguro busca el número 2564 de la calle Halcón.

Desde hace años las calles están señalizadas con dibujos relacionados con la naturaleza para que los desarrapados las reconozcan. Aprieto los ojos y contengo la respiración. El timbre suena y estalla en cada rincón. Es mi renacido. No voy a abrir, prefiero morir.